

Periódico El Miserable de Colombia

Johanna Castañeda¹

Bogotá, abril 27 de 2016

Estimado lector:

Usted tiene el derecho a saber que esta historia es producto de la realidad absurda que ustedes y yo afrontamos a diario en el país. El “actor” de esta es tan héroe como usted lo decida.

J.C.

Mi nombre es Anzola y quiero contar mi historia. Ustedes recordarán la noticia de un profesor acusado de esquizofrenia. Si, digo acusado porque esa es toda la culpa que me acecha cuando me preguntan por la muerte de Patricia Cobos. También diagnosticado clínicamente, de otra manera no estaría aquí sino en la cárcel, el único lugar donde duermen los justos y los asesinos en las mismas condiciones. Bueno, disculpen el preámbulo tan largo pero es necesario para que consideren mi desdicha antes que mi vida. Hace cinco meses que terminó mi agonía de una semana en aguas saladas. Es decir, hace cinco semanas que fui rescatado muy cerca de Córdoba, por una lancha atestada de turistas.

Yo había abandonado la academia de lenguas extranjeras donde trabajé por varios años para dedicarme a una traducción. El nuevo trabajo me permitiría el tiempo que quería para volver a los pinceles y los óleos que había dejado cuando mi padre murió. La idea me emocionaba vagamente cuando imaginaba que me preguntaban ¿profesión? y yo respondiera, traductor y pintor. Fui contratado por una viuda para traducir

¹ Estudiante de la Licenciatura en Humanidades e Idiomas, Facultad de Ciencias de la Educación. Correo Electrónico: jcastaneda1@outlook.com

del francés unos papeles de su esposo. Así las cosas, me mudé a la casa de la viuda para hacer el trabajo más ágil y dinámico, según afirmaba la señora.

Fue allí donde conocí a Patricia Cobos la verdadera traductora de pinturas. Patricia era la única persona que la viuda Llorente tenía y viceversa. En efecto, siempre me pareció molesta la ridícula compañía en la que vivían.

Al cabo de unas semanas me di cuenta de la rutina que había desarrollado. En las mañanas, tomaba café negro y traducía algunos papeles y en la tarde, en una forzada claridad que asomaba por la ventana de mi cuarto, pintaba. Una de esas tardes me percaté de la paciente mirada de Patricia. Yo llevaba días, tal vez semanas, intentando darle sentido y forma a un cuadrante de mi pintura donde había una ventanita que me estaba enloqueciendo por falta de comprensión. Cuando escuché las razones de Patricia que sustentaban esa pintura de la forma en que yo no podría jamás me hizo amarla irracionalmente. Dejé unos días la pintura para terminar pron-

tamente las traducciones que me estaban inquietando y para amar a Patricia Cobos que se mostraba menos irreverente cada día. Ella sabía todo lo que provocaba en mí. Dos cosas empecé a sentir. La primera, encierro y la segunda, rotundo fastidio por la viuda Llorente, un fastidio que aumentaba en la medida en que la conocía por medio de las cartas traducidas donde aparecía regularmente.

Finalmente me decidí a pedirle a Patricia que nos fuéramos lejos, al mar para que se liberara de la vida de la tía viuda. Yo sentía que el encierro había cambiado algo en mí. Me imaginaba a la mar en un botecito donde apenas cupiéramos ella y yo. Dos semanas después estábamos en ropas cómodas mirando el horizonte confundirse con el cielo. Fueron los días más felices de mi vida. Verla sonreír con sus grandes ojos y libre de la compañía de la viuda Llorente me hacía pensar en que la tendría para toda la vida. Por supuesto, mi mayor temor, mi mundo derrumbado sería perderla. La sola idea me aterraba así que decidí, solo me tomó un par de segundos, perderla en ese mismo momento. Ahogarla y saber que así no podría perderla. Dejé su cuerpo en algún lugar del mar y luego me dejé ir en el bote a la voluntad del viento.

Cuando reaccioné, ya no vi tierra y el sol se despedía. No supe que hacer, tampoco tuve ganas. Hubo de pasar una semana antes de que un bote me encontrara. Sin fuerzas, pude ver rostros y escuchar gente sorprendiéndose de mi estado.

